

## Una lectura del San Francisco de Asís de G. K. Chesterton<sup>1</sup>

### *A lectura of Saint Francis of Assis, by G. K. Chesterton*

Lic. Esp. Jimmy Andrés Serna Maya  
Universidad de san Buenaventura de Medellín

#### RESUMEN

Hablar de san Francisco de Asís puede ser atrevido y hasta retador, pues sobre tan recordado personaje de la historia se han escrito miles de líneas entre investigaciones, biografías y artículos en diversas lenguas. En este sentido, este artículo consiste en la reflexión que suscita la lectura del Francisco de Asís de G. K. Chesterton, con alguna conexión a otras fuentes.

**PALABRAS CLAVE:** San Francisco de Asís; Chesterton; biografía

#### ABSTRACT

Talking about Saint Francis of Assisi could be daring or challenging. Thousands of research, biographies and articles in different language have been written about him. In that way, the concern of this article is the reflection that arouses from the reading of Francis of Assisi, by G. K. Chesterton, and some connection with other sources.

**KEYWORDS:** Saint Francis of Assisi; Chesterton; biography

---

<sup>1</sup> Ensayo presentado para optar al título de Especialista en Educación Religiosa Escolar, por la Universidad de san Buenaventura de Medellín.

## Introducción

El poder hablar del santo de Asís se me antoja atrevido y retador porque sobre tan maravilloso personaje se han escrito miles de líneas entre investigaciones, biografías y artículos en diversas lenguas; antepongo a este artículo, en el anterior sentido, que mi deseo no es más que conocer la forma en que G. K. Chesterton nos lo presenta, con alguna conexión a otras fuentes. Pido a Dios y a la intercesión del mismo san Francisco, sea inspirado en lo necesario para invitar a otros limitados como yo a entender y aprender de este Santo que quiso ser hombre.

Sin duda, soy uno de esos muchos que busca a Dios en cada detalle presente en el mundo y me hubiese encantado, como a cualquier biógrafo, haberle preguntado personalmente al hermano sobre él mismo y mucho sobre el amor tan profundo de su ser por Dios; que me enseñara cómo amarle y en unas sencillas líneas contar a otros la buena nueva y entonces salir corriendo junto con él al encuentro del amado. Pero como no puedo hacerlo, intento conocerlo por lo que otros han contado de él.

Me disculpo si pudiese estar errado en mis apreciaciones, pero como ya lo dije, escribo esto más por buena voluntad que por el conocimiento absoluto sobre la verdad, o por lo menos, quiero un acercamiento que me permita identificar al hombre y, si es posible, al santo. No obstante, trato de ser fiel a la postura del autor, pero sabiendo que solo Dios conoce lo más íntimo de su ser y la profunda experiencia de su amor.

San Francisco de Asís es quizá uno de los santos más representativos y revolucionarios de la cristiandad, hijo de su época por los elementos culturales que lo constituyeron y que le aportaron seguramente a ser quien fue. ¿Por qué este santo sigue siendo tan actual y actuante? ¿Por qué después de tantos decenios se continúan develando aspectos de su vida que son interiorizados por tantas comunidades y personas como instrumentos de conversión y una forma de replantear al yo interior en relación consigo mismo, con el otro, con la creación, pero sobre todo con su Creador?

Es evidente que Chesterton no pretende esbozar en su libro la vida de Francisco regido a una línea de tiempo, evita, además, quedarse en la mera descripción de acontecimientos netamente biográficos y aunque no menos importantes, procura transpolar las narraciones de otros biógrafos para conocerlo en su dimensión personal, su pedagogía o forma de enseñar y su relación mística con los demás y con Dios; san Francisco, amado por unos y creído por loco; no señala a nada ni a nadie, va ganando para sí la fuerza y la convicción de un Dios que ama nuestra pobreza y es Francisco quien ve en los pobres su razón de ser.

No se puede entender al santo de Asís sin conocer al hombre y un poco de su historia como ser humano, sus problemáticas y frustraciones, sus anécdotas y sus sueños; su alegría. Nosotros somos un pedazo de Francisco, porque es desde nuestra corporalidad y nuestra humanidad en que Dios se regocija y hace la obra en cada uno.

Este libro de Chesterton (1966) en el que me baso, está dirigido más hacia el escéptico simpatizante que a el creyente de a pie, pues así como el segundo puede por fe creer en los estigmas infringidos a Francisco y la entrega de Cristo en la cruz como el acto puro y culminante del amor, los primeros como Matthew Arnold y Renan

seguidores de Francisco como referente estético e histórico trascendente, ven limitado su interés romántico por un ascetismo religioso o un evento místico o espiritual, como se le quiera llamar a la crucifixión de Cristo como el triunfo sobre la muerte y no como un desafortunado accidente del profeta.

### **El puramente hombre**

Intento, a lo largo y ancho de este artículo, de alguna manera, hacerme uno con el personaje, si se me permite, apelando a alguna forma de figura literaria omnisciente que me faculte para llamarle así, con el propósito de acercar al lector que desprevenidamente quisiera continuar esta lectura y que se le ocurriese conocer mejor a quien procuro describir a través del autor, que su vez, presenta algunos rasgos característicos del hombre de manera jocosa pero real, pues no sería posible engancharse con Francisco sin tener una idea fresca de su figura y su actuar. Mientras escribo, cierro constantemente los ojos para hacer remembranza de las lecturas que he hecho sobre el personaje y trato de imaginarlo hablando, compartiendo, caminando. Una forma psicológica de ir enlazando e interiorizando su vida, aunque por ratos, infecto estos pensamientos con los de la cotidianidad.

Quisiera advertir, que siempre ha existido la tendencia a estereotipar la figura y el actuar de cualquiera que se hace visible en sociedad. Pero, particularmente y de forma despectiva, se tacha de aburrido y anticuado a todo aquel que propone el compartir o la común unión por encima de la individualización de las voluntades (lo que yo pretendo ser). Los logros personales y la categorización de los éxitos que se enlistan según porcentajes y competencias de uno a diez, determinan la calidad de los actos del hombre y lo elevan a un status que le merece reverencia, desdeñando lo sentimental y emocionalmente humano. En contravía, este amigo de los santos no es bajo ninguna circunstancia catalogado acá como un superhombre o nada que se le parezca, por el contrario, un ser humano que a fuerza de su trabajo fue construyendo una idea, un propósito personal y una identidad que, sin lugar a duda, fue catalogada desdibujada y loca hasta por los más cercanos.

Durante toda su juventud gozó del reconocimiento de la comarca por su agradable y natural forma de relacionarse con los demás; romántico empedernido más por la poesía francesa que por las mismas doncellas, y sus atrayentes y coloridas vestimentas que hacían más honor a su carácter caballeresco que a un fulgurante interés por la moda. Según el autor, circunstancia que durante un tiempo “le convirtió en una especie de jefe romántico entre los jóvenes de la villa” (1966: 49). Además, de que “Todo el mundo afirmaba que la cortesía brotaba de él desde un principio, como una de las fuentes públicas en aquel soleado mercado italiano” (1966: 50), en el que ayudaba a su padre, negociante de telas y en el que también vivió una de las anécdotas más significativas de su vida.

Poseía un horror natural a la lepra por el que se avergonzaba constantemente, como seguramente lo haría con otras enfermedades y situaciones que se le antojarían irritables durante toda su vida, en lo que no haremos hincapié al no encontrarlas expresadas literalmente en la lectura de Chesterton; sin embargo, teniendo presente

que en ciertos momentos sirvieron para él, hablo de Francisco, como base de obligada reflexión y la lepra como una de sus mejores amigas, al estar presente en aquellos a los que siempre sirvió.

En una oportunidad, mientras negociaba con un mercader las telas de su padre, un mendigo se acercó a pedirle limosna, lo que puso en jaque a Francisco y a su sensibilidad temprana por los pobres al no saber a quién atender. En medio de su disertación interior, optó por complacer al mercader y solo después de un rato logró desprenderse de sus prejuicios para luego, salir corriendo detrás del mendigo, ofrecerle disculpas y hasta dinero para resarcir su desdén. Lo sucedido le valió al joven la promesa de nunca más negar la ayuda a un pobre, y con ello, el miedo que le produciría siempre el no cumplir sus promesas. La perplejidad que le había generado tal acontecimiento, lo llevó a la conclusión de que tanto el mendigo como el mercader eran igualmente hombres, idea que durante siglos le ha costado entender a la sociedad carente de este sentimiento.

En efecto, el suceso deja ver algunos rasgos psicológicos que desde la juventud moldearon la personalidad arrojada de Francisco. Un espíritu precipitado que se lanza de manera inesperada a toda idea que se incrustase en su pecho. Tal como lo hizo en oportunidades anteriores cuando pretendiendo ser soldado, y lo fue sin vacilaciones, se enlista en dos oportunidades para defender los ideales del ejército cruzado en aquella batalla entre Asís y Perugia, en las que experimenta la enfermedad y el cautiverio, y el que, por cierto, en este último, asume con entereza tal calvario, manteniendo el buen ánimo de sus compañeros al tomar con alegría tan desagradable situación. Si hubiese habido allí alguien con la suficiente visión espiritual, podría haberse dado cuenta que, en aquella actitud, para muchos, agradablemente humana, se gestaba algo mucho más significativo y trascendente, no porque otro no pudiera hacerlo, porque claro que lo podría hacer, sino porque sin saber, este hombre ya comenzaba a orientar su existir a lo que luego vendría. Para ese momento ya superaba los escrúpulos sociales y sin valerse de la espiritualidad para entonces desconocida en su haber, amaba, al parecer, a todo el mundo, en especial, a los rechazados.

Respecto a lo absurdo de aquella batalla y de cualquier otra que ostente el poder bélico y no el diálogo, se vislumbra en la temprana expedición militar del soldado de Asís, una incoherencia ideológica, al ver a un hombre que pretende amar a los hombres, pero insiste en luchar contra ellos en batalla, teniendo como argumento que es viable, siempre y cuando, se combata noblemente y como causa justa. Lo que asumo como un problema tremendamente complejo y del que Francisco sale bien librado, pues el autor encuentra que nuestro soldado se orienta a una austeridad militar la que se hace un obstáculo en su temeraria carrera cuando es visitado por algunas dolencias que se agudizan y lo acompañan durante indefinido tiempo. No obstante, en su recuperación, soñaba con espadas y lanzas que se cruzaban en las contiendas entre cruzados, y entendió aquellos sueños como la señal de volver a montar su caballo y cabalgar al campo no por la gloria, que poco le importaba, sino por el honor, aunque siendo consecuentes, lo uno iba de la mano con lo otro. Al poco tiempo de partir y de manera definitiva, sin haber trasegado mucho, retornó a su lecho, enfermo y con la frustración de no poder volver un día aplaudido como héroe;

un segundo tropiezo más desolador, que lo relegó al valle de la humillación, pero que constituyó sin duda, más tarde, la inspiración de todo aquello a lo que cantó.

En otro sueño, cabalgaba desprevenido por algún sendero y vio acercarse a una persona, se detuvo, y en ese instante se vio probado en su valor al ver que aquel era un leproso. Por una sola vez en su existencia, según Chesterton, aunque parece exagerado, vio su alma inmóvil; seguramente nuestro hombre en otros momentos tuvo que detener su camino para tomar aire, replantearse algunas cosas, más de forma que de fondo; en fin. Pero su horror no era meramente estético por la lepra. Francisco Bernardone sintió el miedo que viene de adentro, una confrontación humana que le concebía preguntas sobre qué hacer, prejuicios tal vez, pero como si su mirada intentara traspasar aquella piel llagada y conocer los secretos del corazón. Solo saltó del caballo y estrechó contra su pecho en un abrazo aquella campanilla que muy seguramente portaba el enfermo colgada a su cuello; de ello, puedo solo percibir un corazón agitado, un profundo sentimiento de dolor con el que se hacía solidario y la ruptura de una norma que no permitía acercarse a aquellos hasta entonces desgraciados. Cabe anotar, estos sueños, dieron luces al joven sobre, lo que sea, lo impulsaba a las radicales decisiones en su vida.

Francisco había sido hasta entonces un hombre como cualquiera enfrentado a las circunstancias de la vida. Sueños y frustraciones, miedos y aciertos, nada que al parecer lo hiciera sobresalir en medio de otros que, como él, en todo el mundo, experimentasen lo mismo. Pero es en aquello que lo limita, en donde radica la belleza de lo que le constituye y nos constituye, en que, siendo hombres y no ángeles, alcanzamos a ser seres profundamente hermosos. Sin embargo, continuamos patinando en nuestra batea de inconformidades y sumando la culpa como juez que nos condena y no nos libera. Si entendiéramos el error en el hacer y actuar como proceso natural del aprendizaje, lo siguiente por hacer sería trabajar naturalmente por mejorar todo aquello no bien hecho, entendiendo dos cosas: que la felicidad no está en la perfección y que todo avance, siendo muy bueno, no es perfecto. Francisco lo comprendió y lo usó para el beneficio de lo que fuese su obra.

Existe una transición entre el hombre justo y el santo como una revolución interior, pues ahora quien ve las cosas como ilustración y luz de Dios, ve a Dios iluminando las cosas. Entre más deja de pensar en sí mismo, ve los beneficios de Dios y más cosas verá en cuanto vea su origen. No solamente aprecia las cosas, sino la nada de las que son creadas. El poeta alaba la creación como producto tangible y terminado, pero nuestro futuro poeta alaba la creación en cuanto proceso maravilloso que apenas comienza a crear.

Es esencial, antes de evidenciar los acontecimientos que llevaron a Francisco a la santidad, sentir que seguiremos durante, y hasta el final de sus días, viendo al hombre que busca conocerse y encontrar su camino como cualquiera de nosotros. Francisco se hace cercano a la realidad de cualquier ser humano en cuanto a la posibilidad de que este, también, pueda lograr encontrar su lugar en el mundo. Spoto (2007) a través de su biografía del santo que quiso ser hombre, nos pone en la piel del personaje, para desvirtuar un poco la sensación de aparente pureza del hombre que quiere buscar a Dios y, desde allí, a manera de una tranquila invitación, señala la naturaleza humana

de Francisco, como punto de partida de la obra y la voluntad de Dios en el hombre mismo.

Creo que es fundamental arrojar luz sobre la humanidad de Francisco, que tenía poco interés en convertirse en santo (y menos aún en que lo llamasen así). De hecho, su vida constituye una prueba de que la santidad no es necesariamente incompatible con la naturaleza humana, ni algo suplementario a ésta. De hecho, la santidad podría ser la conquista más profunda de lo auténticamente humano (21).

### **La desprevenida santidad**

Chesterton nos hace con esta frase un recorrido por la memoria en cuanto a la compleja voluntad del ser humano, afirmando que “Cuando el hombre quiere seguir un camino recto, anda torcido. Cuando sigue a su nariz, se arregla de algún modo para desviarla, o quizá para cortársela” (1966, p.33). Parece que el comportamiento del hombre se encamina a buscar soluciones que más allá de ser eso, lo complicarán cada vez más. Exhibe una serie de accesorios en cuerpo y mente como una especie de inteligencia artificial que termina explotando al no ser compatible con él. Se convierte en una unidad blindada que no admite ni la entrada ni la salida de estímulos que devalen ni siquiera una tenue debilidad; es decir, un tremendo sistema de defensa que le permite no ser vulnerado y conservar una forma de vida tranquila y cómoda sin mayores altibajos, queriendo evitar las confrontaciones con otros y exponiendo una imagen equilibrada y estable que termina provocando el efecto contrario. Francisco sabía, primero, que había que reconocerse necesariamente necesitado y falto de humanidad y, segundo; soltar todo lo que no le permitiera hacer lo que todo hombre debe hacer: equivocarse. Él, que ahora trabajaba por la santidad sin pretender serlo, amó la dificultad, el error, la enfermedad y encontró en ellos su razón de ser. Quien no ha conocido, o por lo menos, se ha hecho sensible ante el miedo, el dolor o la angustia, no podrá amar ni ayudar a quien les vive.

Si hablásemos de lo naturalmente humano tendríamos que confesar lo profundamente humano. Y es que hablar de la santidad o de los santos, no se hace para nada fácil cuando nos reconocemos constantemente, e interiormente, desprovistos de la voluntad suficiente para acceder a tan maravilloso estado de comprensión del mundo, porque haciendo un acercamiento a priori a lo que dicha propuesta modifica en el pensamiento y la conducta del ser humano, sería una posibilidad irrechazable para tantos que buscan sin fruto entender las actuaciones de la humanidad y orientar, tal vez, de forma irracional cualquiera otra área del conocimiento, la física cuántica, qué se yo, a trabajar por ella en los actos más cotidianos del ser humano como el de solicitar el favor o dar las gracias, y no en arbitrariedades, como la de el erudito, que reclama airadamente a la mesera al darse cuenta que su café está frío. Podría tener un ejemplo más acorde a la idea, pero me disculpo, no soy un erudito.

Una vaga idea rondaba mis pensamientos mientras lograba entender las actitudes de un hombre extraño explicadas teóricamente por una suerte de exégesis de filósofos y teólogos motivados por un evento tan físicamente vergonzoso como el de un Francisco desnudo ante un obispo y su decepcionado padre y que daba, al fin, rienda

suelta a la total desprovisión de la vida accesoria; una tarde, mientras leía al autor, retiraba de mi cuerpo aquéllas ropas compradas con tan meticuloso detalle y que todavía guardaban el hedor de un cuerpo perfumado casualmente en la mañana. Sentí por un momento, también el deseo de correr al bosque desnudo, ¡bueno!, no desnudo del todo, pues según Chesterton (1966), Francisco huyó al bosque con una camisa de crin que se usaba debajo de la ropa, y para el que solo la desnudes se expresó metafóricamente como la ruptura con la vida poco mejor que la entrega total a un proyecto que apenas veía su aurora. Entonces el miedo y la realidad me acomodaron nuevamente en lo que en la actualidad se llama cordura o conservar la postura. Pues, ¿cómo podría un hombre de hoy, un hombre como yo, salir corriendo desnudo y dejar atrás a su esposa y sus hijos, padres, hermanos, empleo, comodidades y hasta una escasa imagen para danzar por la pradera, hablar con los pájaros y dormir recostado quizá con la cabeza sobre una piedra? ¿Y si lo hiciera y no saliera así de bien? Seguramente, el regreso no sería tan apasionado, en el camino debería construir un argumento sólido o un muy buen diagnóstico de tan extraño comportamiento, tal vez algún tipo de esquizofrenia que había padecido en silencio durante años y de la que debería solicitar tratamiento inmediato, cualquiera cosa, con tal de volver a ser aceptado medianamente en sociedad; Entonces, siendo consecuente, olvidé idea tan arrojada, y mejor, sin discutir con mi época, pensé otras maneras de comulgar con aquel que un tiempo después se hiciera santo a voluntad.

Pero ¿por qué hablar de santos?, dirían los sectores radicales y algunas vertientes religiosas, cuando se podría hablar de Dios mismo que se nos hace tan lejano y complejo; cuando se hacen ellos, tan ajenos a nuestras realidades, tantas veces mundanas e inestables. Reflejarnos en los santos es encontrar la herida llagada y abierta, es en tantas oportunidades mantener el rostro escondido o agachado y nuestra voz silenciada o parcializada, al creernos indignos y, por ello, carentes de paz y dignidad. La santidad nos contrasta, nos reta y en ocasiones, parece acusarnos sin derecho a apelación. En esta incertidumbre, muchos salen corriendo a las laderas espirituales; y llamo así, a toda suerte de prácticas que alejan al hombre de la fuente. Se justifican allí diciendo que Dios comprende su humanidad y por eso oran a su manera, que él está en todas partes y que, desde allí los ama, aunque no lo busquen, etcétera. Por otro parte, un número considerable de personas han optado por otras alternativas en la búsqueda de respuestas espirituales y practican cosas como el yoga, réquiem, desdoblamientos gnósticos, o peor aún, combinan la fe con todas aquellas prácticas que debo reconocer, se hacen ajenos a mis necesidades espirituales. La santidad, no extrae al ser humano de sus realidades y mucho menos de su cuerpo. Es allí donde con toda suerte de pensamientos, sentimientos y sensaciones, se aprende a conocer, reconocer y ser; he allí el punto de partida, a la que consideraría, la mejor experiencia humana.

A Francisco se le miró a través de los años como una figura influyente, tanto que su filosofía de vida, permeó la inspiración de la divina comedia, la pintura medieval y hasta el drama moderno. Al parecer su ropa raída fue tan significativa como para nosotros el traje azul de Superman. Contrariedad, tal vez, para algunos contemporáneos que no alcanzan hoy a comprender o a discernir ese punto fulminante en su ser o, al menos, de su historia. Algo que haga explotar en el interior

“un no sé qué” para vislumbrar el significativo de su santidad o por lo menos, la razón de su extraordinaria locura.

Por ende, una serie de vacíos o vicios mejor, presenta la historia cuando la narrativa moderada se limita a contar tímidamente la vida solo cuando ha sobrevenido la muerte. Hemos aprendido a amar o a odiar la historia y a sus personajes solo con el clímax del acto final, con lo que le basta al espectador para definir al protagonista o al antagonista de la historia sin conocer el antecedente o la circunstancia del acto inicial. Pero, solo para aquellos curiosos que gozan de alguna sensibilidad intelectual y que entienden que el acto sensual del roce de los labios o la inflexión del agresor sobre su víctima, obligatoriamente, rebobina la mirada a la primera escena para entender el todo.

De conformidad con lo anterior, Chesterton hace hincapié en no ver al santo solo desde una serie de anécdotas vividas, que si bien, no podemos negar, se nos hacen bellas y provocativas, nos embullen solo en una idea poética del santo, olvidando el exigente reto que hace con su forma de vida a sus contemporáneos y sin lugar a duda a nosotros. Insta inclusive a desprenderse de Francisco por un momento, para entender los vientos que soplaban a principios de siglo en Asís. Y agrega lo siguiente:

Para dar a entender que empezar la historia de San Francisco con el nacimiento de San Francisco sería omitir el punto esencial de la historia, y quizá no contar la historia siquiera. Y para insinuar que el tipo moderno de historia periodística, con la cola por delante, siempre suele fracasar. Nos hablan de reformadores sin decirnos lo que han de reformar; de rebeldes, sin darnos una idea de aquello contra lo cual se rebelan; de conmemoraciones que no se relacionan con ningún recuerdo; y de restauraciones de cosas que, aparentemente, nunca existieron. (28).

El siglo XIII se constituyó como el florecimiento del arte y la cultura que superaron a lo que se llamó edad oscura y la que para algunos historiadores llegaba al final de su estancamiento y esterilidad. Pero sería arbitrario decir que simplemente hubo un paso de la oscuridad a la luz puesto que lo que parece trajo algunos muchos beneficios, trajo consigo también algunos males. No obstante, hay un aspecto que me parece bastante interesante comentar: la incidencia del cristianismo o las instituciones monásticas y eclesiales y, el renacer de un pensamiento aristotélico, quienes se reñían entre la razón y la fe, un lugar en el desarrollo del pensamiento humano y naturalmente para ese momento, el enfoque académico en las universidades que poco a poco se iban consolidando como centros de formación profesional.

Sobre esto, López expone una interesante discusión al interior de las universidades a principios de siglo sobre lo que debería transversalizar la educación superior fundamentada en la búsqueda de la verdad y el desarrollo humano. Por ejemplo, “En la universidad de París tiene epicentro el movimiento telúrico del encuentro entre la tradición cristiana de pensamiento y aristotelismo” (26), lo que fue asumido como la sublevación de la filosofía sobre la fe. Tal idea, generó algunas prohibiciones de la iglesia en el estudio de Aristóteles para los claustros (julio de 1228), lo que, a su vez, produjo el descontento de profesores y estudiantes, que un año después, a través de un paro, lograron que se les permitiera la lectura libre de algunos textos no

relacionados con la metafísica. Otros acontecimientos como el de la disputa de maestros regulares y seculares por la permanencia al interior de las universidades y tasación del conocimiento y la retribución económica, se pueden catar más ampliamente en el libro de (López) Tratado de la teoría de la verdad en los filósofos y teólogos franciscanos del siglo XIII.

Entender plenamente a Francisco en toda su campaña o cruzada, utilizando términos de sus biógrafos y, en aquella mística de soldado que lo acompañó durante toda su vida, sería como si nos dijeran que Superman, el hombre de acero, fue en realidad eso que nos mostraron en tantas películas, pero realidad y no ficción. La verdad dudaríamos de ello.

Como ya hemos dicho, Francisco es, por antonomasia, hijo de su tiempo. Él es en esencia lo que aprendió de su cultura y de todo aquello que lo antecedió. No es bajo ninguna circunstancia, y en concordancia con sus biógrafos, un pretencioso innovador de la religión o el pionero de las prácticas espirituales por las que fue tan reconocido. Cabe anotar, que, desde finales del siglo XII, ya se tenía referencia de las ordenes mendicantes que hacían votos de pobreza y tenían como objetivo servir a los más necesitados; fueron estos los Cátaros y los Valdenses según lo expuesto por López (2017), el que expone además una postura bastante interesante en cuanto a la propiedad y la fe se refiere. Dichas órdenes, “se irán lanza en ristre contra la idea del edificio monástico como centro de beneficencia, contra la idea de una iglesia poderosa y rica económicamente, anquilosada en el régimen feudal desde el cual se usufructuó acumulando todos los bienes terrenales que cabían” (2017, p. 25). Estos movimientos rompieron con la espiritualidad económica de la iglesia, por decirlo de alguna manera, y se dedicaron a participar a la gente la Palabra de Dios.

Ni a Francisco, ni a ningún otro santo le ha llegado esta santidad, sentado en el campo o a través de un sueño maravilloso que se hace realidad al despertar, sin haber trabajado fuertemente por ella, como a muchos se le ha ocurrido pensar. Obviamente, la inspiración divina o la voluntad de Dios está presente en todo momento, no obstante, la santidad presupone unas circunstancias, un camino de construcción de la fe, en el que una serie de pensamientos y actuaciones son modificados voluntariamente por el hombre mismo para su beneficio.

El señalamiento de sus actos ante el obispo y con ello su desnudez, habían marcado la ruptura social de sus pretensiones. Se había proclamado el siervo de Dios y desde aquel momento cantaba en el lenguaje de los trovadores quienes fueron sus referentes desde la infancia, pues sus alocuciones habían sido permeadas por aquella poesía considerada para algunos como discutible y burda, sin embargo, para él, rica en sentimiento, alegría y fraternidad. Sus acciones comenzaban a ser consecuentes, luego de verse visto de rodillas ante el crucifijo en las ruinas de la iglesia de San Damián, todavía sumido en esa transición tenebrosa. Es acá donde el escéptico simpatizante comienza a fruncir el ceño, pues quiere quedarse solo con la vida ejemplar y obviar la mística. Desafortunadamente, es allí donde lo puramente humano y lo divino se convierten en el vínculo que suelta la venda de los ojos del aspirante y le hace degustar del silencio, la oración y el ayuno. Por primera vez había escuchado esa voz

que decía: Francisco: ¿no ves que mi casa está en ruinas? Anda y restáurala por mi amor.

Desde este apartado, el autor desborda toda la idea filosófica de Francisco, por cierto, profundamente, escueta y loca, pero radical y coherente. Ropa y dinero había puesto a los pies de su padre. No tenía ahora, ni familia, ni posesiones, ni esperanza en estas; andaba bajo los árboles helados, en un mundo literalmente frío a los ojos de los hombres, pero cálido en cuanto a la idea de una nueva luz sobrenatural que iluminaba las cosas naturales y que implicaba la conquista definitiva y no la renuncia definitiva de tales cosas.

Había decidido construir el templo con sus propias manos, sin entrar en disputas y cuestiones legales que tanto le desconcertaban y con la idea de no pagar por ello ni con dinero propio y mucho menos ajeno. Y piedra por piedra que recogía en los caminos, inicio su tarea “De hecho, resultó una suerte de mendigo, invirtiendo la parábola; un mendigo que no pide pan, sino una piedra” (Chesterton, 1966, p.72). Esta postura singular le dio cierta popularidad y muchos, inclusive ricos, asumieron el reto como si se tratara de una apuesta y con sus propias manos cargaron piedras hasta el cansancio, aprendiendo las más rudas lecciones de trabajo. Escena tan cómica constituye para aquel momento el carácter alegórico de Francisco, si no fuese él mismo una alegoría en el sentido que elaboraba una doble tarea. Al mismo tiempo que reconstruía la iglesia de san Damián, reforzaba las estructuras de la primera iglesia; la comunidad que hacía mucho tiempo estaba en ruinas y que allí empezaba a levantar los monumentos de la paz. Cosa similar hizo con la iglesia de Santa María de los Ángeles y con la Porciúncula, que más tarde serían en su orden, la cuna de la comunidad femenina romántica y pura de Santa Clara de Asís y hogar de muchos sin hogar.

Para entonces su naturaleza apasionada se sumergía en la adoración a Cristo lo que contagió a otros dos hermanos no menos importantes que él y ayuda idónea desde aquellos tiempos hasta el final de su vida; Bernardo de Quintavalle que, así como Francisco, vendió todo cuanto tenía, que seguro era bastante, y se lo dio a los pobres, abandonando su vida mundana y; un canónigo maduro llamado Pedro quien poseía una reconocida carrera eclesial y que dejaba sus férreas estructuras mentales para correr tras de un conocido maniático en el quien puso su esperanza porque en él veía el reflejo de un Dios que liberaba aquella espiritualidad que se había amalgamado con los muros olvidados de las catedrales italianas.

Los tres habían establecido una pequeña escuadra, dicho en el lenguaje militar, que batallaba ahora con el cuidado de muchos leprosos y que requería de mucho más valor que medirse en armas ante la corona siciliana. En las noches conversaban en silencio como niños en aquella choza del campo que habían construido, y que los hacía ver como una clase de ermitaños. Tres solitarios que vivían juntos y que los hacía permanecer la fidelidad al nuevo testamento en el que meditaban con una práctica casi infantil. Francisco hacía la señal de la cruz sobre el evangelio y le abría en tres partes diferentes. Práctica tan poco común para la época del santo que se hace poco común a cualquier época y no entendible para sentido común. Provincialmente, en ese primer ejercicio, aparecieron tres significantes textos. El del joven rico que se negó a

vender sus propiedades y que ocasiono la paradoja del camello y la aguja; el mandato a los discípulos de no llevar nada en el viaje, ni morral, ni báculo, ni dinero; y, por último, la sentencia de quien sigue a Cristo debe también llevar su cruz a cuestas, y que seguramente, llevó a Francisco a tomar la decisión de poner literalmente por obra.

Chesterton deja casi para el final de su libro hacer una descripción física de san Francisco, que, a mi parecer, lo hace más interesante, pues primero ha develado una cantidad de elementos profundamente significativos del hombre y seducido a este lector con sus curiosidades, anécdotas y buen sentido del humor para, luego, depositar las virtudes del santo en un cuerpo, dándole forma a tan poderosa y singular personalidad. Ahora es posible ver al hombre de mediana estatura, tez morena y una delgadez evidente pero robusta por las tareas manuales, caminando por los senderos y dejando a todo aquel que se encontrase en el camino convencido con aquel fuego encendido de amor en sus ojos. Su barba negra y puntiaguda bajo su capucha decoraba aquella gesticulación vehemente y la cortesía y hospitalidad que siempre le caracterizó.

Mientras el pintor se jactaba de mezclar con su inteligencia los colores, el santo mezcló sus pensamientos con la gratitud. Era tal su alegría que veía la vida como una deuda infinita a la que suma Chesterton esta maravillosa explicación: “Constituye la más alta y la más santa de las paradojas el hecho de que quien sabe muy de veras que no podrá pagar su deuda, esté pagándola siempre, devolviendo siempre lo que le es imposible devolver” (100-101).

Por momentos, me he sentido impedido para seguir escribiendo, así como en tantos momentos de la lectura del san Francisco de Chesterton. Se me hace casi imposible parafrasear la forma en que el autor decora cada línea de realidad y belleza, y modificarla me pareceré casi un sacrilegio. He podido experimentar con ellas a un hombre que más allá de su canonización, va convirtiéndose poco a poco durante su vida, tal vez, en el único poeta feliz, entre tantos desventurados poetas.

El mundo se encuentra necesitado de hombres como Francisco, santos que más allá del título, sepan hacer lectura de su tiempo, y esto me confronta. Valerosos y no pretenciosos que buscan grandes reconocimientos, sino que buscan desde las pequeñas cosas, desde sus propios límites ayudar a otros; servir a otros. Nada extraordinario que no pueda hacer el carpintero levantando y haciendo nuevos los techos de la casa de una familia a la que las tempestades pueden dejar sin refugio, pero extraordinaria sí, la sonrisa de aquella, al verla rescatada. O que tal, la dulzura de las palabras de una que se ha hecho maestra y puede a través de un libro, literalmente hacer volar y creer en el amor a un niño de escuela o a un hombre viejo que con ella recupera la esperanza.

## Conclusiones

Chesterton siquiere con empeño conocer en tiempo y espacio todo lo que a Francisco le circunda y le compone, es decir, todo su contexto para poner “santo en tierra” toda su realidad, con el propósito de demostrar que el santo no es una especie de iluminado o enviado que baja del cielo con una misión especial o un elegido de

entre los hombres en el que Dios ha puesto su espada dando un título de noble, dejando atónitos a los asistentes y transeúntes, por cierto, privados de tal suerte; por el contrario, la invitación ha sido extendida para los hombres en todo tiempo y lugar. La santidad es el estado, la profesión, el título o la vocación, a la que cualquiera puede acceder y la que, sin duda, el más inteligente o el más torpe, puede aún hoy tener. El reto está en el difícil quehacer de la convicción. Tarea titánica para muchos que continúan apostándole a la autosuficiencia humana, desprovista de todo sentido divino.

Francisco entendió que todo el dolor de la humanidad, consciente o no, tenía que ser soportado por alguien, y ese alguien era él mismo, inclusive a costa de su propia vida. Levantar a cada hombre que se encontrase a la orilla del camino y ser el reflejo puro de la caridad, ser el ejemplo vivo del desasosiego, la entrega y el hombro de aquel que vive en el lastre. Sin embargo, no fue necesariamente su lenguaje versado y romántico lo que les impulsó a muchos a hacerse partícipes de esta loca idea de abandonarlo todo y abandonarse todo para subsanar los males del mundo; para ello, llevo necesariamente hasta alguna clase de extremo, de los tantos que existen, su ayuno y oración. Fue ejemplo con su propia vida de lo que era dar la vida por Cristo a la manera de Cristo.

Por descanso he tenido acá una cosa al escribir casi sin freno sobre el hermano mendicante y no con otros que no sean santos; y es la tranquilidad del entendimiento de este sobre las actuaciones de la naturaleza del hombre, de cualquiera como él que a la manera de Cristo supo perdonar, y que jocosamente lo digo, supo ignorar con amor, para llevar a cabo el actuar que poco a poco fue construyendo día tras día su carácter de santo para cumplir con su proyecto voluntario de amor dejando ser a Dios su reflejo en él.

La santidad no es un proceso acabado, pues aquella inclusive no se cancela con la muerte. El santo, al parecer va al cielo, pero el legado permanece, muta, en buena manera para seguir orientando al hombre para bien, crea instituciones y formas que bien llevadas perpetúan la alegría cuando la hemos sabido acoger. Sabemos que la santidad trae consigo una gran porción de sacrificio y sufrimiento, pero asumidos con la mayor felicidad, y siendo esta con los otros dos sentimientos, racionalmente antinómicos, se constituyen como un trinomio que ayuda a poner por obra del evangelio.

Francisco no busca ver reconocida como original su aventura espiritual, pero es original y bella la forma en que Chesterton utiliza su buen sentido del humor para refrescar a su vez, a un hombre que no es por naturaleza humorista en el sentido estricto de la palabra, pero según el antiguo sentido inglés significaba este, mantenerse siempre de buen humor. No obstante, nuestro santo, se las arregla para hacernos reír con sus ocurrencias cuando es capaz de zafarse de cualquier cuestionamiento, pues sus actos, excepto el de haber repartido las telas de su padre a los pobres argumentando verse mejor en ellos que en el rincón empolvado de un armario, escapan a la condena de las autoridades civiles y eclesiales al poner este sumo cuidado en pedir el pan más negro y peor que encontraba, pues "... el mendigo suele comer lo mejor que encuentra, y el santo lo peor" (Chesterton, 1966, p. 80), o

que otro cuestionándole, también nos haga reír anotando que “ Puede ser cosa excelente que las grietas sean reparadas, pero es preferible que lo sean por alguien que no tenga hendiduras en el cerebro; y las restauraciones arquitectónicas, como otras cosas, no se llevan a cabo mejor precisamente por quien tiene en su techo mental alguna teja suelta” ( Chesterton, 1966, p. 79). Una especie de santo loco que aplicaba para la ropa lo mismo que para la comida. Su traje raído constituyó años después el uniforme de cinco mil hombres y de muchos otros que hoy siguen vibrando con su obra.

Francisco había sido inundado durante su juventud por toda la poesía de bellos matices de galanteo y amor a las que llamaron *Cortes de amor* en la que los trovadores no siempre celebraban el amor material, pues, por momentos, se veía desdibujado el hermoso ser que podía ser la musa, para darle paso a algo que sobrepasaba el plano real, casi como si no existiera. Él, hablaba el verdadero lenguaje de los trovadores, pero ahora declamaba a una gloriosísima y grandiosísima dama llamada pobreza.

El evento inicialmente mencionado del presidio de Francisco, aunque explica la posibilidad ya expresada de una futura vida de servicio, nos permite hacer mención de dos elementos estéticamente significativos. El hombre había experimentado por aquel tiempo, en la oscuridad de la prisión o en aquella caverna, como diría el autor, una transformación de cierta naturaleza psicológica como la voltereta de un salto mortal, que, aunque le hubiese permitido quedar nuevamente en la misma posición, en sentido figurado; internamente, fue una profunda revolución espiritual, pues el hombre que entró allí, no fue el mismo que salió. Por otra parte, siendo Francisco un declarado trovador, llama la atención, que llamase a sus seguidores, Juglares de Dios. Lo que da pie a una interesante explicación. Un juglar no era lo mismo que un trovador, aunque andasen juntos, pero una persona podía ser las dos cosas al mismo tiempo. El juglar era un hombre jocoso y charlatán; una especie de bufón que en oportunidades mezclaba su humor con el malabarismo como un entremés cómico luego de que el trovador entusiasmara al público con sus intensas notas de amor. De allí toma Francisco para los suyos llamarles por la connotación más despectiva pero más acorde a lo que estos iban a ser: los Acróbatas de Nuestro Señor.

Durante su vida había parecido cobarde por su fracaso militar, ladrón por haber tomado lo que pertenecía a su padre y haberlo regalado o vendido para financiar a los más necesitados y, hasta ridículo al haber retirado sus vestiduras delante del obispo; parecía que no había nada en lo que no hubiese quedado en ridículo para los demás, era evidente. Pero él, a su vez, se sentía tan distinto y diminuto como una mosca en el transparente cristal de una ventana. Y mientras contemplaba su indudable locura, el luminoso carácter de la palabra comenzó a mudar de sentido y a brillar. La palabra *loco* lo acompañaba como una pluma en el sombrero, loco cada vez más loco, el bufón del Rey del Paraíso.

Se preguntarán algunos por qué no se ha hecho referencia a Francisco en cuanto a los animales que tan significativos fueron en su trasegar, máxime, cuando en la actualidad se gesta un gran movimiento que encabeza la protección de los animales, sobre todo, por la moda de perros y gatos a los que, por cierto, se les ha defendido y cuidado más que a los mismos seres humanos. Como sea, Francisco fue más allá; amó

a todos y a todas las cosas sin parcialidad y desde su tiempo se anticipó a denunciar lo que durante siglos se creyó que fue dado para la depredación del hombre y no para su beneficio, la naturaleza.

De una manera muy sencilla al hablar con los pájaros, el lobo y el cervatillo y considerarlos sus hermanos, así como a la luna y al sol, Francisco instó a entender el lugar donde vivimos y a todas sus creaturas y a sus historias. Y así como un padre quiere dar a sus hijos alimento, refugio y espacios donde se sientan plenos y felices, la tierra merece lo mismo, que le demos lo mejor de nosotros, así como desinteresadamente, nutre ella sus entrañas para que brote de sí, el fruto que nos da la vida. Y quisiera aclarar sin perturbar el verso, que hablo de la tierra como creación de Dios que todo lo ha hecho bien y no del cosmos o la pacha mama como algún otro tipo de lunático, diferente a nuestro personaje, quisiera hacerlo entender. Francisco no llamó madre a la naturaleza, pues veía a cada creatura como individual, única y especial a la que Dios asignó un lugar concreto y no como simple energía evolutiva de las cosas.

No sé cuántas películas y documentales tendremos que ver, ni cuántos libros leer, a dónde ir o qué presenciar, que sentir para sensibilizar la vida y sobre la vida trabajar por otros, los demás, los hermanos. El hombre que se hizo santo, entendió que somos con el aire porque físicamente, por él respiramos, y que cómo a cualquier otro hermano hay que cuidar.

Siempre un artículo como este, podrá ser un una puerta para otro artículo o quizá un libro, pero el propósito del santo es que en ellos esté siempre presente la esencia, o mejor, las conclusiones que más allá de la belleza textual, conviertan al hombre en lo que realmente debe ser. No somos santos por buenos, pues el bueno es Dios que nos permite acceder a través de esta a la realidad absoluta que es él mismo sin discusión “yo soy el que soy” (Ex 3, 14).

San Francisco es y será si seguimos hablando de él, un referente sencillo y significativo de la santidad sin ninguna categoría que le exalte. Cada vez que le accedamos, descubriremos nuevas formas de contarlo y percibiremos entre líneas, palabras de aliento y de amor. Quiso demostrar que a Jesucristo se llega además que, con el cambio de vida, con las obras que tan necesarias son para invitar a esos limitados como yo a conocer a nuestro señor. Nos enseñó a soltarnos de todo lo accesorio que tanto nos pesa y nos incomoda así sea moda; que es mejor dar un abrazo a quien llora, que no hacerlo para no arrugar o mojar la camisa con las lágrimas; que siempre será mejor sentarse a la sombra de un árbol frondoso a respirar aire puro y correr sin parar, que los rutinarios paseos por un centro comercial inundado de vitrinas; que la lectura de un buen libro sabe mejor cuando se acompaña de otros y de una desprevenida conversación; que el amor con la naturaleza es recíproco, si no damos, no recibimos; que la misma calidez que dan las chozas, la dan las mansiones, por ende, quien se dedica solo a llenar sus graneros, pierde tiempo para llenar su alma de lo que le hace bien y le hace bien a otros; que el conocimiento es bueno, por eso lo ha dado Dios, y aunque infinito no podemos tenerlo todo, entonces tiene un límite y un tiempo para nosotros. Que todos somos ridículos, en múltiples formas, pero Dios ve con agrado al que hace el ridículo por amor a él.

Si como Francisco pudieras hacer algo bueno por alguien, por la naturaleza o por el mundo hoy, ¡hazlo! Y si puedes, repítelo diariamente...

Sabemos que Francisco pudo hacer una lectura de su tiempo e inclusive de su propia vida para poder lograr lo que logró. De allí surgió una válida inquietud frente a esto y, que por supuesto, solo sus mejores biógrafos sabrían responder ¿Cómo una actitud como la de Francisco traspasó tantas fronteras culturales y perduró en el tiempo, cuando sus viajes y su predicación, hablo de él mismo y no de su orden, no abarcaron tantos territorios? Y atreviéndome a extraer de toda la lectura en cuestión, encuentro en la palabra “actitud” de la misma pregunta planeada, un elemento maravilloso que me ayuda a resolverla.

Francisco no tuvo necesariamente que conocer el mundo y sus misterios para entenderlo a cabalidad. Fue en algo de su actitud en que basó según Chesterton, todo el despliegue de su obra y que me parece lo más sencillo, magnífico y universal, y que no necesita ningún conocimiento científico, pero si humanista: la cortesía.

## BIBLIOGRAFÍA

- Biblia de Jerusalén* (2009). Barcelona: Desclée de Brouwer.
- Chesterton, Gilbert Keith. (1966). *San Francisco de Asís*. Barcelona: Juventud.
- López, Andrés Felipe. (2017). *Tratado de teoría de la verdad en filósofos y teólogos franciscanos del siglo XIII: Buenaventura de Bagnoregio, Juan Duns Escolto, Roger Bacon y Guillermo de Ockham. Aportaciones a la praxis paidética de la razón y la voluntad*. Medellín: Editorial Bonaventuriana.
- Spoto, Donald (2007). *Francisco de Asís, el Santo que quiso ser hombre*. Barcelona: Editorial B.